

Fascinación y transgresión en la experiencia erótica de Georges Bataille y Pascal Quignard.

Moreno, María Luz.

Cita:

Moreno, María Luz (Abril, 2016). *Fascinación y transgresión en la experiencia erótica de Georges Bataille y Pascal Quignard. II Coloquio Georges Bataille. Instituto Gino Germani, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/maria.luz.moreno/9>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pyQh/rbx>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

María Luz Moreno

UBA- FFYL

morenomluz@yahoo.com.ar

Eje 2 – Bataille y la filosofía.

Fascinación y transgresión en la experiencia erótica de Georges Bataille y Pascal Quignard.

“Donde hay peligro, crece lo que nos salva.”

F. Hölderlin

La propuesta de Georges Bataille en su obra *el erotismo* de 1957 indaga sobre la experiencia erótica como una aprobación de la vida hasta en la muerte. (Bataille, 1957-2006, pág. 15) El ser humano se encuentra en un estado de discontinuidad, con la nostalgia de restaurar un orden de lo continuo e inteligible. Es desde su individualidad, que la exuberancia erótica aparece como acceso a un estado *previo* donde se suprimen las diferencias entre los seres. Este pasaje de lo discontinuo- continuo se constituye como parte de la experiencia interior en la que el erotismo se cuestiona conscientemente aquellas prohibiciones que rigen el orden social. Es por medio de la trasgresión, como este levantamiento provisorio de las prohibiciones, que el movimiento erótico excede estos límites vinculándonos con un plano de lo horroroso y admirable. Esta relación entre pavor y el horror como una forma de fascinación es punto clave para entender la potencia del erotismo. En el siguiente trabajo, nos proponemos abordar el concepto de fascinación desarrollado por Pascal Quignard en su obra *El sexo y el Espanto*. Lo que nos permitirá comprender el movimiento de lo discontinuo a lo continuo a la luz de la concepción romana de erotismo, y de sus prácticas sexuales vinculadas a lo religioso y lo político.

La fascinación y el horror como condición de posibilidad del erotismo

En la teorización presentada por Georges Bataille en 1957 en su obra *El Erotismo*, nos presenta un esquema respecto a las consideraciones de lo continuo y lo discontinuo. Para esto es necesario, introducir, el modo de darse en el erotismo como una aprobación de la vida hasta en la muerte. (Bataille, (1957) 2007) Para esto Bataille considera la actividad reproductiva como aquella que se encuentra apartada del goce erótico, pero que sin embargo dicha acción promoverá el movimiento erótico. El papel de la reproducción en el movimiento de los seres, se manifestara para Bataille como un abismo que se sitúa entre ellos, es decir, que se expresa en una discontinuidad entre el ser engendrante y el engendrado. Este abismo que se muestra en la profundidad de la separación que hay entre los seres es la muerte que se aparece como *vertiginosa y fascinante*. (Bataille, 1957- 2006). El movimiento que va de lo discontinuo a lo continuo, se pone en juego en la reproducción en tanto que la misma está ligada a la muerte en movimiento análogo. Es decir, reproducción/ muerte se implican mutuamente en el paso de lo continuo a lo discontinuo. El ser humano explicita Bataille, se define como un ser discontinuo que busca su continuidad con el Otro por medio de la fascinación erótica. Pero antes de abordar detalladamente esto, se detendrá en la desvanescencia elemental que aparece en la reproducción asexual, la misma se caracteriza por la reproducción de un célula simple que se divide para formar dos ejemplares más de ella. El autor, aclara que esta división celular no corresponde a la continuidad de la identidad de la primera célula desdoblada, sino que se trata de dos nuevos seres. Este desvanecimiento no corresponde a la muerte sino que implica el desvanecimiento de la célula en tanto ha dejado de existir, es decir desapareció en tanto discontinuidad. Es en ese momento disolutivo en el que se implica una continuidad en el que una célula se convierte en dos. En el momento que se generan las dos células cada una de ellas porta la discontinuidad en sí misma, pero en ambas se instala una conciencia de la continuidad, en la mortalidad de la célula primigenia que fundamenta la continuidad que da paso a los dos seres. Esta conciencia de continuidad opera como una suerte de acto analógico de la célula discontinua respecto de su estado anterior.

En el caso de la reproducción sexual, Bataille introduce una distinción respecto de la reproducción sexual en la que la primera resulta independiente de la agonía y la desaparición. (Bataille, 1957- 2006) La reproducción sexual si bien supone la división celular básica, en la fusión entre el ovulo y el espermatozoide se unen estos dos

elementos para generar un ser discontinuo. Conteniendo las mismas características del pasaje de la continuidad a la discontinuidad. Afirmar la discontinuidad de los seres, es dar cuenta de la angustia por volver a un estado primario de continuidad que vincula al ser con el Otro. Este sentimiento que nos hace recordar, es también la forma en la que estará organizado el mundo de los hombres, a partir de tres formas de erotismo. Es decir, por tratar de recuperar el estado de profunda continuidad, por medio del erotismo de los cuerpos, el erotismo de los corazones o el erotismo sagrado.

El primero, el erotismo de los cuerpos, explicita Bataille se diferencia de la reproducción asexual porque esta contiene el sentimiento de violencia que resulta vital para el movimiento erótico. (Bataille, 1957- 2006). Ya que el acto erótico se expresa en la violencia, de la violación del orden establecido. En consecuencia el erotismo implica un pasaje de la discontinuidad a la continuidad, por medio de un arrancamiento violento del primer estado. Esta discontinuidad que se caracteriza por la individualidad que es destruida súbitamente por la experiencia disruptiva de lo continuo. Implicando una disolución caracterizada por una pérdida violenta, que comienza por el acto de la desnudez que propicia un estado de abierto, de comunicación con el otro. El autor señala, los cuerpos se abren a la continuidad por sus órganos reproductores, por la obscenidad que provoca un estado de alteración en la que los cuerpos de los participantes. Este estado implica una disposición del sí mismo y de la individualidad. Todo esto es propiciado por el estado de desnudez, ya mencionado anteriormente donde la acción erótica ocurre en la completa desposesión. Sin embargo, este tipo de erotismo preserva la discontinuidad individual y siempre actúa desde un egoísmo cínico señala Bataille. La diferencia se encuentra en el erotismo de los corazones, donde los amantes se encuentran aprendidos y estabilizados en una afección recíproca, lo que promueve una simpatía moral y la fusión mutua de los cuerpos. El erotismo de los corazones, se manifiesta en una pasión en un sentido más violento que el mero deseo de los cuerpos, esta pasión lleva consigo el desorden que desata la violencia. El autor señala que aunque la pasión sea la de la felicidad, lleva al desorden que permite la sustitución de la discontinuidad para establecer una continuidad. El detalle es que esta continuidad parece expresarse de manera más fuerte en la angustia de no poder sostener este estado. En este tipo de erotismo la dinámica que implica una afección recíproca entre los amantes, genera un sufrimiento en la que no se puede poseer al ser amado de manera

acabada. Esta forma de significar la posesión no estaría significando la aparición de la muerte, sino la imposibilidad de la plena fusión de dos seres.

El erotismo de los corazones, si bien se nos presenta como una propuesta mejorada al erotismo de los cuerpos, encuentra sus limitaciones en la imposibilidad de la fusión de los amantes en la continuidad. Se gestiona en torno a una proyecto, imagen y fusión guiada por la pasión pero que no atenta contra el egoísmo individual.(Bataille, (1957) 2007). Hay que señalar que la preservación de la individualidad, se ve reforzada por el sufrimiento de la separación entre los amantes y la necesidad de mantener plena conciencia de ello. Bataille señala, que si la unión de los amantes es un efecto pasional entonces implicara la muerte, como deseo de matar al otro o como deseo de suicidio para hacer perdurar la continuidad. Estas manifestaciones de los amantes ponen en jaque esta individualidad discontinuidad, pero a su vez cualquiera de estas acciones inicia una nueva discontinuidad. La relación entre amado- amante permite generar un estado de transparencia, donde el ser amado se nos parece como un alumbramiento, como una verdad milagrosa que mezcla lo absurdo, el sufrimiento y el anhelo de continuidad.

Para el autor, el problema de la continuidad y la discontinuidad radica en dar cuenta de la muerte como aquello que se precipita sobre el ser. Ya que por su inmediatez, la muerte es irruptiva y se manifiesta como la destrucción del ser. Sin embargo, también la supervivencia de la individualidad también atenta con el movimiento hacia la continuidad. Para sortear estos problemas, el autor aborda el erotismo sagrado, a partir de la consideración del sacrificio religioso. Este ejemplo no es introducido aleatoriamente, sino que Bataille quiere poner en evidencia como la manifestación de la muerte del sacrificio, donde la victima muere es donde se les revela a los espectadores de este acto la muerte. En esa revelación aparece lo sagrado como una continuidad revelada en la muerte de un sacrificio. Y señala nuevamente, que la para salir del estado de discontinuidad solo es posible por medio de un arrebato violenta, en este caso la muerte del sacrificio. Bataille detalla:

“Sólo la muerte espectacular, operada en las condiciones determinadas por la gravedad y la colectividad de la religión, es susceptible de revelar lo que habitualmente se escapa a nuestra atención” (Bataille, (1957) 2007, pág. 27)

El erotismo sagrado, tiene la función de dar cuenta de la continuidad del ser a partir de una experiencia negativa que se relacionara con el amor a la divinidad. Porque implica una vivencia de lo continuo como no cognoscible y que haya su fundamento en la experiencia mística. Esta última, aparece como irrumpiendo el orden establecido por el pensamiento del cálculo y siendo únicamente expresable de manera negativa en tanto la determinación de sus límites expresables. La experiencia mística tal y como la toma Bataille, implica una ausencia de objeto que se identifica con la discontinuidad y que nos pone en contacto con la continuidad. A diferencia de los otros tipos de erotismo, el erotismo sagrado no tiene una vinculación con lo real en un modo de espera aleatorio, sino que solo requiere que nada desplace al sujeto.

Finalmente, el autor retoma el movimiento erótico como una perturbación que se nos presenta como un sentimiento que desborda, que se vincula a la manifestación de la muerte, es decir de la continuidad. El erotismo permite que la muerte se muestre y que no pueda ser negada sino que se reafirma en un movimiento violento. Este fenómeno que se describirá como la experiencia interior, ya que el erotismo moviliza la vida interior del hombre poniendo en desequilibrio y amenaza su vida. Es en el movimiento que propaga el erotismo de la discontinuidad a la continuidad donde el hombre se pone cuestiona a sí mismo y se pierde. En este juego, el erotismo manifestara por un lado las prohibiciones y por el otro la transgresión. Las primeras se configuran como aquellas que son reglas para la conducta en el tiempo del trabajo y que exige el pensamiento del cálculo. Mientras que la transgresión parece como un retorno a la animalidad, un movimiento violento que se opone al carácter limitado de la prohibición provocando una puesta en suspenso del orden social. El erotismo se define en relación con la ley, los tabúes que enmarcan la muerte y el sexo, donde el individuo se expone a la transgresión a los límites de las normas sociales. Esta vuelta pone de manifiesto una apertura a la animalidad como un modo de recuperar la dimensión de la continuidad, por medio de la violencia que desencadena el erotismo. Es en este marco que se conjugan el límite y la transgresión poniéndonos en contacto con la densidad del ser en tanto devela la diada de la reproducción y la muerte. Afirmando esta última como un aspecto exclusivo de la intimidad del hombre, que da cuenta de su deseo como la experiencia de aquella situación por fuera de los límites de lo posible. El deseo es para Bataille, la manifestación que aparece dentro del erotismo como un impulso de miedo y fascinación (Urzainki, 1995) que afirma al hombre en un lugar más allá de la

prohibición, este mecanismo se desencadena repentinamente y se consume abriendo una forma de verdad que se revela en su pérdida. La relación entre la prohibición y la transgresión implican esta co-dependencia no estable mediada por la violencia, solo existiendo como una paradoja que expone el límite para reponerlo.

El autor desarrollará la noción de erotismo como la forma de separarnos momentáneamente de las formas cristalizadas de la conciencia, es decir, a partir de los impulsos se supera con la afirmación que se da en la violencia de la reproducción sexual y la muerte.(Bataille, *El erotismo*, (1957) 2007) Es en esta época, Bataille señala que es el impulso de amor llevado hasta el extremo que se transformara en un impulso de muerte. Manifestando la condición excesiva que presentan tanto la reproducción como la muerte, en esa paradoja que los implica mutuamente. En 1927, Bataille publica bajo el seudónimo de Lord Auch *La historia del ojo*, que nos permite dar cuenta de manera más clara de la relación entre la reproducción y la muerte. En el caso de la novela que relata la historia de un narrador en primera persona y sus aventuras con Simona. En ella se desarrolla como estos dos personajes viven una serie de acontecimientos sexuales que dan cuenta de la relación entre lo erótico, la violencia, la fascinación y el horror. El segundo capítulo de la novela llamado *El armario normando*, se relata como en medio de una reunión social en la que los personajes desafían los límites de Marcela, una joven que aparece como objeto de amor de estos. En dicha reunión a partir de una apuesta obscena se desata una orgía entre los jóvenes, pero Marcela se recluye para masturbarse oculta en un gran armario normando. Mientras el autor relata los acontecimientos desenfundados que se da en la orgía de jóvenes, Marcela se orina en el armario y se escuchan las carcajadas de los jóvenes mientras la muchacha permanece encerrada. Al finalizar el evento transgresor el autor describe de la siguiente manera los hechos que advinieron:

“Media hora después empezó a pasarme la borrachera y se me ocurrió sacar a Marcela del armario: la desgraciada joven, totalmente desnuda, había caído en un estado terrible. Temblaba y tiritaba de frío. Desde que me vio manifestó un terror enfermizo aunque violento. Por lo demás, yo estaba pálido, más o me nos ensangrentado y vestido estrafalariamente. Atrás de mí, yacían, casi inertes y en un desorden inefable, varios cuerpos escandalosamente desnudos y enfermos. Durante la orgía se nos habían clavado pedazos de vidrio

que nos habían ensangrentado a dos de nosotros; una muchacha vomitaba; además todos caíamos de repente en espasmos de risa loca, tan desencadenada que algunos habían mojado su ropa, otros su asiento y otros el suelo. De allí salía un olor de sangre, de esperma, de orina y de vómito que casi me hizo recular de terror; pero el grito inhumano que desgarró la garganta de Marcela fue todavía más terrorífico. Debo decir sin embargo que, en ese mismo momento, Simona dormía tranquilamente, con el vientre al aire, la mano detenida todavía sobre el vello del pubis y el rostro apacible y casi sonriente. (...)"(Bataille, La historia del ojo, 1995, pág. 15)

Este fragmento pone de manifiesto dos caras del mismo efecto del movimiento erótico: por un lado la actitud desenfrenada de los jóvenes incluyendo a Simona, mientras que por el otro se da cuenta del efecto de fascinación y horror que provoca en Marcela llevándola a la locura. En este punto, el erotismo funciona como la disolución parcial de sí mismo, es decir de la conciencia en tanto me expone a una situación de comunión con la continuidad pero en el que me pierdo. Esta pérdida que se da en la transgresión de las prohibiciones requiere, señalara Bataille, una sensibilidad que no sea menor a la angustia que se funda en el levantamiento de esa prohibición que lleva al deseo a producir ese levantamiento y que nos obliga a experimentar el pavor del placer intenso. Las prohibiciones entonces se estructuran bajo la pretensión de responder al orden social, con la necesidad de expulsar la violencia fuera del curso habitual de las cosas.(Bataille, El erotismo, 1957- 2006, pág. 59) Esta sistematización en la que se organizan las leyes, responde a una unidad de significación que representan aspectos variados reprimidos de dicha sociedad. En su radicalidad las prohibiciones se conjugan en la oposición entre la reproducción y la muerte, que funcionan como una afirmación y negación de la vida respectivamente. En el caso de la muerte, es muy claro cómo se manifiesta el horror en tanto pasar de ser a no ser, es decir, se vincula con el aniquilamiento. Para Bataille, la muerte se configura como la continuidad absoluta, como aquella inmanencia deseada pero que a la vez genera un estado de asco y repulsión. La forma en la que se nos aparece la muerte es el cadáver del otro, que fermenta, se agusana y da origen a reacciones que resultan importantes para comprender como se vincula el erotismo. La muerte, es la muerte del otro donde la propia espera de la misma no se resuelve en nada. Vemos el cadáver del otro, sentimos el temor a la

nuestra propia que se manifiesta en el temor, pero a la vez se funda en el asco. Este último, señala Bataille responde a un conjunto de conductas artificiales en los que hemos sido educados para el asco. El ejemplo más claro aparece al considerar aquellas obscenidades que nos producen un horror análogo, como las deyecciones, entre otras. Es en ese horror, suscitado por el asco donde se abre el vacío donde se expresa que ese horror es el fundamento de mi deseo y es más fuerte en tanto se acerque más a la muerte.

La relación que propone entonces Bataille sobre la vida y la muerte, está fundada en que la misma excede la relación con el pensamiento, con el cálculo. Es este espacio tumultuoso donde se configura la promesa de la vida y el aspecto lujoso de la muerte.(Bataille, El erotismo, 1957- 2006, pág. 63) La inestabilidad en la que se conjugan estos dos aspectos, es el espacio de la transgresión que se da continuamente, pero que a la vez es sostenible en tanto la especie se sigue reproduciendo. Es en este *entre* de la reproducción sexual y la muerte donde el deseo se configura con la necesidad de generar un gasto desmesurado, que implica el movimiento erótico. El autor señala, que en estas condiciones la trasgresión de las prohibiciones aparece como la afirmación de un no sobre el impulso de vida, es decir una afirmación de la muerte que nos horroriza y constituye en un impulso. Este no, se define como un rechazo a la naturaleza de la reproducción en tanto continuidad de la vida, pero a la vez enmarca la posibilidad de experimentar el sentido ilimitado del despilfarro. (Bataille, El erotismo, 1957- 2006, pág. 65) Es en la actividad erótica donde estos dos planos la reproducción y la muerte, dan paso en el erotismo a la experiencia interior que nos fascina pero a la vez no repele con el horror de este “no” que afirma la muerte en el curso de la vida. La actividad sexual, aparece entonces como una instancia privilegiada que pone en jaque el “equilibrio” de la estructura de las prohibiciones, y en especial la consciencia de sí del individuo que se ve disuelta en el movimiento erótico. Bataille señala finalmente:

“La angustia es querida, hasta los límites de lo posible (...) pero una vez alcanzados esos límites, es inevitable dar un paso atrás. (...)” (Bataille, El erotismo, 1957- 2006, pág. 93)

Fascinus y meduser las formas del deseo y la belleza

En la obra de Pascal Quignard publicada en 1994, se exponen una serie de conceptos a la luz de las transformaciones del erotismo griego al romano. Estas

modificaciones en la expresividad de estos dos tipos distintos de erotismos, se configuran de tal forma que dan cuenta de las ideas que posteriormente serían llevadas como la forma de la moral del cristianismo.

Dentro de la propuesta teórica que recorre Quignard apunta a develar dos términos fundantes para comprender la relación del sexo y el espanto. En primer lugar, el *fascinus* que proviene de la palabra griega *phallus*, es aquello que atrapa la mirada que incita a la percepción desde un ángulo muerto u oblicuo. La fascinación se configurará como aquella angustia que aparece en las sociedades y el lenguaje que se protegen de la amenaza del desbordamiento. (Quignard, 2014) En la civilización griega se da el paso a la civilización romana a partir de un sistema de ritos que configuraban un tratamiento de lo erótico en particular. El autor rescata que el pasaje de la angustia erótica se transformó en *fascinus* que se definirá como deseo. La lectura que propone implica considerar como se situó en la sociedad romana en particular el *fascinus*. El mismo aparece relacionado con el pene erecto y con la idea de animalidad como constitutivas de la incertidumbre de la reproducción de la especie. Dentro de la tradición romana, estaba la creencia de que la envidia, el llamado mal de ojo era la impresión que dejaba la mirada directa. Esta generaba impotencia y mala suerte para aquel que recibía la misma con lo cual los romanos utilizaban amuletos para desviar la mirada. El *fascinus* se establece como una forma oblicua de mirar, que conecta el deseo de ver con lo desconocido. Es la mirada erótica, que nos transporta al espacio de la turbación pero que a la vez, expresa el autor nos protege de la locura. De esa mirada directa entre el interior y el exterior que se define como la muerte que va de uno a otro.

Por otro lado la erótica presentada por Quignard apela a la noción de *meduser* como aquello que nos deja pasmados o estupefactos. Es decir, este deseo que se instala en lo fascinante tiene su contracara en la figura de venerar aquello que nos horroriza. Esto se debe a que ante la presencia de aquello que consideramos bello, consideremos que nos puede dañar. El autor, retoma la mirada desde la perspectiva de *veneración* que proviene de la relación directa con Venus, la deidad romana del amor. Veneramos así aquello que nos provoca espanto, es decir, nuestro propio miedo. Es en el acto erótico de la mirada que presenta Quignard, en el que nos obligamos a venerar a nuestro propio espanto poniendo en riesgo nuestra propia vida. La muerte así aparece análoga a la conceptualización de Bataille, aquel que ve lo fascinante ya no puede apartar la vista. Es

en ese experimentar de la mirada que damos cuenta de la animalidad en el mundo humano que se abre a la experiencia de afirmación de la muerte.

La noción de meduser responde a lo fascinante, en tanto hay una relación recíproca entre una y otra en la configuración del acto erótico. Aparece entonces la mirada oblicua, escorzada, temerosa que evita esa mirada directa que precede al espanto. El horro entonces aparece configurado como un signo fantasma, como aquella angustia que supone lo desconocido como un signo de apertura a la instancia erótica. (Quignard, 2014) El espanto aparece como una dimensión más en la dinámica del fascinus- meduser dando cuenta de un estado que sobreviene que nos pone en peligro. Este peligro se configura en la afirmación de la muerte y de desbordamiento que se vincula en forma de sorpresa. Aquello que nos sobreviene entonces no es algo premeditado sino es una sensación que se conjuga en el movimiento que va desde el deseo hasta la muerte.

Para dar cuenta de la magnitud en la que se establece esta visión greco-latina del erotismo, Quignard utiliza algunos ejemplos de la mitología para dar cuenta de la potencia que engendra el fascinus. La más representativa aparece con la historia de Medusa y Perseo, en la que se narra la existencia de tres monstruos que habitaban el extremo más occidente en las fronteras del mundo. Dos de estos monstruos, Esteno y Euríale eran inmortales mientras que Medusa era mortal. Este monstruo mitológico que había sido una doncella del templo de Atenea, fue violada por Poseidón y como castigo la transformo en una Gorgona. Medusa llevaba la muerte en sus ojos, se decía que poseía una cabellera de serpientes y cualquiera que cruzara la mirada con ella se transformaría en piedra. Su rostro era redondo y con cara de león, con mil serpientes, orejas de buey y con unos colmillos de jabalí viejo.

Según el mito Perseo, hijo de Dánae había sido condenado a muerte desde su nacimiento por su abuelo al que un oráculo le había advertido que su nieto lo mataría. Así Dánae y el recién nacido fueron encerrados en un barril de madera rescatados posteriormente por un pescador. Años más tardes, un tirano llamado Polidectes se enamoró de Dánae y deseo su cuerpo (Quignard, 2014, pág. 74) razón por la cual Perseo le prometió la cabeza de Medusa a cambio de que renunciara a sus deseos. El héroe logra vencer al monstruo con cuatro objetos mágicos que le robara a las ninfas y haciendo uso de su escudo de bronce pulido para evitar la mirada de Medusa. La

fascinación de la máscara de Gorgo (Medusa) es la mirada que petrifica a la presa frente al depredador. No es casual que otros personajes de la antigua Grecia utilizaran en sus escudos la imagen de Medusa como forma de aterrorizar al enemigo.

Otro de los relatos que utiliza el autor para ejemplificar el poder de la mirada, tiene que ver con el encuentro de Diana bañándose en el bosque y que al notar la presencia de un extraño que la observaba ella se transformó en ciervo. Quignard afirma mirar a la cara está prohibido, equivale a quemarse los ojos es decir a ver la escena primitiva el sexo del otro.

El fenómeno que marca el paso de una civilización a otra, corresponde a la escisión del deseo y el miedo. Donde se funda aquello que aparece en el tiempo del misterio, donde el deseo y su realización se engloban en un secreto de lo imprevisible que se da en un goce inesperado. Algo que cambió radicalmente en las prácticas de las patricias romanas, en especial sobre las leyes socio cultural que regían a las matronas fue la separación del coito del amor. Esto tiene que ver a que las leyes castigaban a aquellas mujeres que se enamoraban de sus maridos, la ley ex julia que implicaba el destierro de la patricia acusada de sentimentalismo. El matrimonio romano expresaba la exención de la mujer de las tareas serviles, pero también la escindieron del goce al institucionalizarse. Con la aparición de nuevas figuras estutarias como la piedad y la castidad en el seno romano se fue forjando poco a poco una moral que puede ser rápidamente asociada a la moral cristiana. Esta moral implicó una posición autor reprimida, sumisa, reglamentada, secreta, privada, fiel es decir impacto en la construcción de una sexualidad vinculada a lo amoroso, anti homosexual, sentimental y velada. (Quignard, 2014, pág. 235)

La conjunción de la transgresión y lo fascinante como un modo del horror.

Recorriendo las dos propuestas de erotismo que plantean los autores anteriormente citados, podemos considerar cuales son los puntos principales a considerar. En primer lugar, en ambos trabajos hay un acercamiento al tratamiento de lo erótico como un encuentro que desvela otra realidad que es lo desconocido. Es decir, lo erótico se plantea en el caso de Bataille como un movimiento de afirmación de la muerte en la vida, que aparece como una necesidad para recuperar el ámbito de lo continuo. Mientras que Quignard presenta el erotismo como la realización de ese espanto que se configura entre la figura de lo fascinante y aquello que nos pasma. En

este autor, se puede señalar que el movimiento erótico está implicado específicamente en dos formas: el acto sexual y la veneración de la belleza. Lo que se ejemplifica con el orden social a partir de ciertos rituales específicos en la civilización romana: las lupercales, las quincuatrias, las matronalias y las saturnales. Todos ellos se consideraban momento de liberación y sátira donde se utilizaba lenguaje obsceno y relativo al fascinus. En cambio, en la teorización propuesta por Bataille la organización social está contenida en el mismo acto de transgresión que genera el movimiento erótico. El mundo de lo profano, como el mundo del trabajo afirma en el hombre la continuidad de la vida, el tiempo del trabajo y la discontinuidad. La puesta en relación con las prohibiciones, y su levantamiento implican manifestar una negación ante esa afirmación de la vida, significa reconocer la muerte como constitutiva y del orden de la continuidad. A su vez el movimiento erótico en el levantamiento temporal de las prohibiciones, implica una vuelta a las mismas que refuerza el orden social vigente.

Por otro lado debemos señalar la relación que se genera respecto del espanto/horror con aquello que fascina/trasgrede: en el caso de Bataille la relación de angustia y de asco se configuran como la forma previa al abismarse en la experiencia interior. Este asco, contiene la carga de la educación socio-cultural del mismo, el autor señala que hemos sido educados para reaccionar con placer o displacer frente a determinados estímulos. El asco y la náusea que se nos hace patente en presencia de ese vacío que abre el espacio de la muerte, da cuenta de cuan arraigadas y arcaicas son las prohibiciones que llevamos con nosotros. En cambio desde la posición de Quignard, el espanto aparece confundido con la belleza. Nos atrapa aquello que veneramos, que nos atrae pero nos genera la desconfianza del daño en tanto implica un salto al vacío. Lo que fascina merece una mirada oblicua, una mirada lateral para poder ser tolerada y nunca se logra satisfacer por lo que la angustia erótica se mantiene. En ambos autores, no hay una resolución del deseo que aparece en el movimiento erótico sino más bien una repetición constante que busca la experiencia abismal.

Podríamos decir, que en ambos autores aparece esta necesidad de la comunicación de un plano de lo incomunicable. Este plano al que accedemos dando cuenta de nuestro deseo, que infringe las prohibiciones que tenemos arraigadas socialmente y que protegen nuestra individualidad dando el acceso a lo abismal de lo erótico. En esa inaccesibilidad en la que se construye mi deseo, que a la vez se manifiesta con mi espanto como una experiencia del borde donde pierdo los privilegios

de mi subjetividad. El movimiento erótico es una forma de experiencia privilegiada, en tanto no hay lenguaje posible que la reproduzca, sino negativamente. Para concluir podemos considerar la siguiente cita de Quignard como ilustrativa:

“Dos cuerpos que se extasían son invisibles; se retuercen uno encima del otro; se encajan uno en el otro; se abisman en el exceso de la voluptuosidad, que es invisible para los ojos cerrados de los que se sepultan en ella como en una noche más nocturna que la misma noche. La intensidad de lo que es para el hombre la medida de su alegría se sustrae a su mirada. Su representación no la comunica. Ella la niega al diferenciarla. Ella le rehúye. Y es también porque él la rehúye. Con razón detestamos los grabados eróticos. No porque sus representaciones sean escandalosas. Porque son falsas. Porque la escena jamás presente, la escena para siempre “im- presentable”, jamás podrá “re- presentársela” el hombre que es fruto de ella” (Quignard, 2014, págs. 98-99)

Trabajos citados

Bataille, G. ((1957) 2007). *El erotismo*. Buenos Aires: Tusquets.

Bataille, G. (1957- 2006). *El erotismo*. Buenos Aires: Tusquets.

Bataille, G. (1995). *La historia del ojo*. Mexico: Editorial Coyoacan .

Quignard, P. (2014). *El sexo y el Espanto*. Barcelona: Editorial Minúscula .

Urzainki, M. T. (1995). Deseo y transgresión en el erotismo de Georges Bataille. *Lectora*, 195-210.